

RESEÑAS

BIRNBAUM, NORMAN.

La Crisis de la Sociedad Industrial. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1970, 179 pp.

El análisis de la sociedad industrial y la sociología de nuestro tiempo no pueden eludir los problemas contenidos en un mundo tan complejo como es el que ha creado este tipo de sociedad. Birnbaum utiliza tres criterios para explicar el carácter de una sociedad industrial en crisis. Estos criterios son la clase, el poder y la cultura.

Su planteamiento inicial consiste en hacer ver que el antagonismo y la colaboración de clases son aspectos específicos en sistemas de creciente productividad, como es el caso de los sistemas industriales. Los mecanismos de integración son muy eficaces, las posibilidades de resistencia u oposición se reducen y los hombres creen y hacen lo que tienen que creer y hacer.

“Es la era de la aquiescencia universal, y eso permite que la máquina social funcione un tanto mejor” (pág. 14).

La discusión en torno a las clases sociales lleva a que el autor nos remita a las ideas de Marx para vincular el concepto de clase con los de medios de producción, relaciones de producción y modos de producción, con el fin de plantear la situación de las élites burguesas de la actualidad que se preparan en instituciones de cultura superior creadas por la sociedad capitalista; asimismo, toma en cuenta la introducción de nuevos procesos tecnológicos, que cambian el carácter del trabajo industrial. “La nueva élite, la nueva clase media, la nueva clase trabajadora se distinguen, naturalmente, por grandes diferencias en cuanto a poder, ingresos y prestigios” (pág. 19). El autor sostiene que estas diferencias corresponden a factores educacionales y que los tres grupos sociales mantienen un aparato burocrático. Esta consideración se complementa con un elemento nivelador que consiste en que la propiedad sobre los medios de producción está cada vez más separada del control personal y que, en la práctica, se está socializando cada vez más. Para ilustrar esta situación cita los mecanismos de nacionalización y de supervisión estatal. Para reforzar su tesis hace referencia a sociólogos como Bell, Lipset, Galbraith de Estados Unidos; Aron y Crosier de Francia, Dahrendorf de Alemania.

Cuando cuestiona la situación de la nueva élite plantea dos preguntas: ¿En qué medida es realmente nueva una élite formada mediante requisitos de habilidad en vez de una situación heredada? ¿En qué medida es su función administrar la propiedad, en lugar de poseerla?

Según el autor la organización de las élites no es estudiada con atención y sostiene que la despersonalización del capital, el semi-analfabetismo sociopolítico de vastas capas de población, hacen difícil desarrollar un enfoque adecuado (pág. 22).

En cuanto a la nueva clase media, indica el autor que su crecimiento, en todas las sociedades industriales, ha sido mayor que el de la clase obrera (pág. 23) y que esta circunstancia produce una expansión de la enseñanza despertando el interés público en torno a sus necesidades. Cuando se refiere a la nueva clase obrera señala que ha seguido creciendo en forma absoluta debido a la continua disminución de la población rural (pág. 24). El autor proporciona suficientes elementos de juicio para explicar los orígenes del proletariado inglés y del movimiento sindical europeo para pasar a la formación de la cultura de la clase obrera, la misma que se funda en reacciones, premisas y hábitos que han surgido de las condiciones materiales propias de una sociedad de mercado libre.

Paralela al desarrollo de la clase obrera se opera un serio de cambios en la burguesía. El autor enfatiza el tono moral, “a menudo productor de esa hipocresía que durante largo tiempo los enemigos de Inglaterra atribuyeron a sus ciudadanos” (pág. 27). Resume el análisis de la sociedad inglesa en la siguiente afirmación: no queda ninguna duda de que la clase media británica (y, por supuesto, la élite) estaba convencida de que la clase obrera era su enemiga, pero esto solía lograrse definiendo la comunidad nacional como una comunidad en la cual la clase trabajadora debía saber cuál era su sitio (subordinado) (pág. 30).

Cuando se refiere a Francia, indica que la revolución industrial se superpuso a la revolución política y que

la burguesía francesa fue moldeada por la sustancia y el recuerdo de sus conflictos con la aristocracia. Su análisis de la burguesía francesa permite precisar las diferencias existentes entre la alta burguesía y la pequeña burguesía. Indica que la elite manufacturera y financiera era reducida despertando hostilidad en la clase obrera y en la propia pequeña burguesía.

El desarrollo de la clase obrera francesa fue lento debido al carácter predominantemente agrario de su economía. Sus primeros dirigentes fueron artesanos y no hubo organización obrera hasta 1864 pese a que la atmósfera intelectual de París permitió que se concentrasen las ideas revolucionarias europeas con mucha antelación al año indicado. Birnbaum condensa una apretada historia del movimiento obrero francés haciendo especialmente referencia a la Comuna de París (pág. 37), para indicar que de su colapso surgió el fortalecimiento de la pequeña -burguesía provista de una psicología conservadora desde el punto de vista económico y refugiada en la tradición revolucionaria por su desconfianza hacia las grandes finanzas y las industrias.

El autor considera que el análisis de la sociedad industrial contemporánea no debe separarse del examen histórico; asimismo, sostiene que el análisis sociológico no se detiene suficientemente en examinar la tradición política y la tradición cultural. Indica que la tradición política consiste en una concepción en una experiencia de las tareas de estado, la forma peculiar de inserción del Estado en la estructura social, y las predisposiciones psicológicas para utilizar los mecanismos del estado (pág. 41) y, en cuanto a la tradición cultural, indica que ésta se refiere a los sistemas comunes de significado con los cuales se definen las comunidades (pág. 42).

En cuanto al futuro de los sistemas de clase en las sociedades de clase de occidente, Birnbaum sostiene que se modificará el carácter de las élites, constituidas fundamentalmente por economistas, técnicos y otros especialistas de preparación universitaria. Asimismo, indica que la educación y la cultura serán requisitos indispensables para la nueva clase media que, ligada a las élites, ejercerá tareas económicas y administrativas de complejidad creciente. En el planteamiento del autor se prevee la combatividad de las clases obreras manual propiamente dicha (pág. 45) y las posibilidades de su aumento cuantitativo. Del mismo modo, considera la presencia de distintas formas de un aburguesamiento que debilita de combatividad de la clase obrera en beneficio de la clase media pero que, a pesar de ello, se afirma la tradición socialista. Lo que llama la atención en el trabajo que reseñamos es la ausencia de un análisis integrado que se refiera al comportamiento, la crisis y el aislamiento de la alta burguesía, en cuyo nombre las élites administran y ejercen el poder utilizando los recursos del frondoso aparato burocrático que han generado las sociedades industriales.

En el análisis del poder político, el autor hace una distinción precisa entre lo que son Estado y Sociedad. Se remite a las ideas de Montesquieu, de Rousseau, Marx, Spencer, Sorel, entre otros, e indica que las nuevas clases industriales lucharon con las otras clases pre-industriales por el poder del Estado. Este punto de partida guiará su enfoque para demostrar que el estado se halla sometido a la dominación de clases.

En una perspectiva histórica analiza los procesos políticos de Inglaterra, Alemania y Francia. En cuanto a la historia política y social de los Estados Unidos, indica que los agricultores no entraron en conflicto con los industriales y que la política norteamericana, inicialmente, estuvo dominada por mercaderes del norte y plantadores del sur (pág. 57). De la descripción de estas cuatro sociedades industriales deriva conclusiones que se resumen en una tesis que merece ser transcrita: “La historia de la sociedad industrial no es la historia de la ampliación de la libertad. Formas burdas y violentas de dominación han surgido en combinación con medios tecnológicamente perfeccionados para el ejercicio del poder; otras formas de dominación, más sutiles, han politizado la totalidad de la cultura (pág. 60).

Refiriéndose al siglo xx, indica que se realizan violentas luchas internas dentro de las sociedades avanzadas, así como combates feroces entre ellas y que el orden político de las sociedades industriales tiende a legitimar la obediencia empleando la violencia interna. Desde esta perspectiva señala los rasgos del fascismo citando, entre ellos el uso del aparato estatal para extirpar la oposición, la consolidación de las relaciones existentes de propiedad, el uso de una gran dosis de violencia y la movilización nacional para estimular ambiciones revanchistas a imperialistas.

Las sociedades industriales imponen al Estado tareas de centralización y dirección y generan un fenómeno

típico, el militarismo, que rompe los moldes tradicionales antiguos de la autoridad y el valor para abarcar el campo de la capacitación técnica; de este modo la élite militar asimila administradores y técnicos cultos provenientes de la burocracia estatal y de la industria (pág. 68).

El papel de la ideología es determinante en la conducción del estado industrial y cumple su función a través de diferentes aparatos ideológicos, como diría Althusser. El control del acceso a la información, el control de los medios de comunicación, el dominio del sistema educacional permite, a quienes dominan el orden político, imponer su voluntad ideológica sobre una población intelectualmente inerte. Los canales de comunicación de masas refuerzan por lo general el acatamiento político producido por la rutina (pág. 75).

Birnbaum identifica la función negativa y positiva del estado en la sociedad industrial su función negativa reside en la represión negativa y positiva del estado en la sociedad industrial. Su función negativa reside en la represión violenta y la positiva se expresa en la coordinación del funcionamiento de la sociedad.

Estas dos funciones le permiten mantener la propiedad y proteger el proceso productivo de tal modo que el papel cumplido por el Estado es esencialmente económico-social. Esta posibilidad deriva de la hipótesis de que el Estado es portavoz del interés general. El estado industrial conduce la política exterior, abarca las inversiones en el extranjero, ejerce influencia política y económica en otros países mediante organismos que no son gubernamentales e interviene en asuntos de otras naciones con organismos oficiales clandestinos.

El tercer criterio de análisis, la cultura, lleva a Birnbaum a describir la industrialización de la cultura, examinar los problemas de la estratificación cultural y a considerar algunos aspectos de la cultura industrial.

La cultura industrial descansa sobre la industrialización de la cultura (pág. 113), como un movimiento interno de la sociedad burguesa surgida a lo largo de la época moderna. El autor enfatiza la transformación de la cultura burguesa primitiva en cultura industrial y da relieve a su carácter urbano, indicando que en la sociedad agraria la dominación era directa y brutal a diferencia de la dominación y explotación en la sociedad urbana, que toman formas menos directas. Una síntesis apretada de la evolución de una Europa medioeval a una Europa industrializada toca los aspectos relevantes de la ideología que planteó la Reforma protestante y la influencia que irradió la contrarreforma. Para el autor el Iluminismo fue la expresión máxima de la cultura pre-industrial porque abrió la perspectiva de una cultura nueva e inherente al desarrollo de la burguesía (pág. 126).

La cultura se industrializa con un acto de destrucción: la eliminación de la cultura artesanal y campesina en la medida en que artesanos y campesinos se transformaban en proletariado industrial. “Quienes quedaron bajo el yugo directo de las máquinas pronto formaron un enorme enclave dentro de la sociedad, mucho más alejados del resto de la misma, desde el punto de vista cultural, que lo habían estado sus antepasados campesinos y artesanos” (pág. 127).

La industrialización de la cultura impuso formas de organización derivadas de los procesos mismos de la producción mecánica. Así se puede hablar de productores, distribuidores y consumidores que manejan el producto cultural. Desde este ángulo Birnbaum contraponen la división social del trabajo a la división cultural del mismo, e indica que se establecen monopolios de producción y difusión de la cultura superior de los cuales, las Universidades fueron sus canales privilegiados.

El autor extiende su análisis sobre la crisis universitaria actual y sostiene que ella obedece al evidente desgaste de la pretensión universitaria de monopolizar la cultura superior (pág. 133). Las universidades han estado en la cúspide del sistema de estratificación social y la cultura que imparten les ha servido como vehículo de dominación. La crítica a las Universidades es de Estados Unidos, de Gran Bretaña, de Francia y de Alemania sitúa los problemas de la cultura superior a un nivel de generalización que no admite excepciones de ninguna clase; así, las muy repetidas funciones de la Universidad en servicio de la sociedad son cumplidas por otros organismos y el estudiante es visto no como una persona que se inicia en la cultura superior, sino como alguien a quien se entrena, es decir, “un producto educacional cuya productividad futura deberá ser medida, a su vez, según determinados índices externos” (pág. 144).

La crisis de la cultura industrial, según Birnbaum, se refleja en el hecho de que las élites formadas por las universidades contemporáneas saben mucho, pero no saben cuanto ignoran... la contemporaneidad de la

Universidad la condena a un rápido envejecimiento tecnológico (pág. 151).

MARIO MIRANDA PACHECO